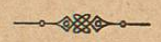
do fiet istud? Ille respondit: Unde hoc sciam? Negat ille se credere, qui negat se scire: ista se facere profitetur, nec dubitat esse faciendum, quod quomodo fieri possit, inquirit. Aug. tamen videtur dicere, quod dubitaverit. Dicit enim in lib. Quæstionum veteris, et novi Testam. (q. 61. cir. princ. to. 4.): *Ambigenti Mariæ de conceptu possibilitatem Angelus prædicat:* sed talis dubitatio magis est admirationis, quam incredulitatis; et ideó probationem Angelus inducit, non ad auferendam infidelitatem, sed magis ad removendam ejus admirationem.

Ad tertium dicendum, quod sicut Ambros. dicit in Hexameron (*implic.* l. 5. *c* 19 *et super illud Luc. I. Exurgens Maria, et c.* 8 *sup. illud: Adhuc eo loquente) ob hoc multæ steriles pepererunt, ut partus credatur virginis.* Et ideo conceptus Elisabeth sterilis inducitur, non quasi sufficiens argumentum, sed quasi quoddam figurale exemplum. Et ideo ad confirmationem hujus exempli suhditur argumentum, efficax ex omnipotentia divina. (Hæc expressius hab. Basil. Scleciæ, hom. 13, quæ est in Jonam ante med. et Greg. Nyss. in hom. de Natali Dom. cir. med.)

Summa. P. III. Q. XXX. a. IV.



BENEDICTA TU IN MULIERIBUS

Octavo sermón del Novenario

BENEDICTA...

REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

Cuando herido por la desgracia, vuelvo mis ojos hacia el origen de todas las humanas desventuras, la imaginación me representa, en las puertas del edén perdido, á una mujer que abandona llorando aquella mansión de dichas inolvidables.

¡Infortunada mujer! Las amenidades del paraíso hánse trocado para ella en amargo llanto, en angustia suprema, en fatal agonía.

A las amorosas caricias de una naturaleza que tendía á sus plantas preciosa alfombra de musgo, y le ofrecía el incienso de sus aromas, y el beso de sus auras y las armonías de sus bosques,

han sucedido convulsiones titánicas, sacudimientos horribles y estertores de muerte.

Bajo sus pies, la tierra se agita y se estremece, como sacudida por un monstruo gigantesco que se oculta en sus entrañas, de cuyas fauces brota el fuego que arrojan los volcanes...: reptil enorme que forja el rayo en la ira de sus siniestras miradas; que ruge con la voz del trueno y con el bramido del huracán.....

Por todas partes la mujer proscripta vé la sombra de aquella serpiente entre cuyos negros anillos dejó rotas, destrozadas las alas de su ventura.....; como cree oir en el estampido del alud, en el rugir de los terremotos, en el aullar de las fieras, en el fragor de la tormenta, los ecos de la voz airada de Dios que repiten todas las criaturas del universo, rechazándola y diciéndola: «¡Maldita!... ¡Maldita!...»

Cuatro mil años, venían resonando constantemente en los oidos de la mujer, estos gritos de maldición. . . . . .
. . . . La sociedad pagana había arrojado sobre

ella todo linaje de desprecios. . . . . .

Pero un dia, después de muchos siglos de vilipendio para la mujer, aquella civilización que tanto la humillaba y la esclavizaba, vió con asombro rasgarse las cataratas del cielo, bajar un príncipe de la gloria, arrodillarse delante de una niña....., é imponiendo silencio á todos los ecos de maldición....., apagando con su voz potente los gritos del mundo que llamaba á la mujer *maldita*, Gabriel saluda á la Virgen de Nazaret, diciéndola con profunda reverencia: *Bendita... Bendita... Benedicta tu in mulieribus.*

«Y es, que por esta mujer, por María, se trocaron en bendiciones las maldiciones del Paraíso».

AVE MARIA.

Tres maldiciones resonaron en los vergeles del Paraíso terrenal. Por causa del pecado, la mujer fué allí condenada al dolor, el hombre al trabajo y la humanidad á la muerte. [1]

Pero estas tres primitivas maldiciones se convierten por María en tres fuentes de bendición. [2]

(1 Tres enim maledictiones datæ sunt hominibus propter peccatum. Prima data es mulieri, scilicet quod cum corruptione conciperet, cum gravaminen portaret, et in dolore pareret...

Secunda data est homini, scilicet, quod in sudore vultus vesceretur pane suo...

Tertia fuit comunis viris et mulieribus, scilicet ut in pulverem reverterentur... (Div. Thom. Opusc. IX).

(2) Benedicta tu in mulieribus. . . . . Ac per hoc quidquid maledictionis infusum est per Evam totum abstulit benedidtio Mariæ. (S. Hieronymus de Assumpt. B. V.).

I

EL DOLOR

¿Qué es el dolor?

El dolor no es más que una palabra, ha dicho la filosofía estoica. Goza cuando puedas, le dice el materialismo al hombre, para que cuando llegue el día del dolor, sufras sin exhalar una queja. El deista mira impávido al dolor, y exclama: el dolor es hijo de la tierra: paga, hombre, tu deuda resignado. Ten paciencia, víctima desolada, grita el apóstol del progreso indefinido; pasan los siglos, el mundo progresa, avanza, evoluciona; y dentro de algunos millares de años la humanidad habrá ya logrado desterrar el dolor de este planeta. Miserable juego del destino, añade el fatalista: sufre, pues el drama de tus torturas constituye el placer de esa divini-

dad cruel, que aplaca su irritada sed abrevándose al torrente de lágrimas que la humauidad derrama.

¡Oh, religión santa, fé divina! arroja una catarata de luz sobre el dolor; revélanos tú el misterio, el secreto impenetrable del dolor humano.

¡Qué dulce, señores, qué consoladora es la voz de la Religión católica!

Oid la luminosa doctrina de la filosofía cristiana, de los autorizados labios de un orador elocuentísimo del siglo pasado:

«El paganismo había colocado la divinidad en el placer y la había adorado. Dirigía á los sentidos las adoraciones del hombre; su carne se había hecho divina, su placer adorable y él los adoraba. En una palabra, la adoración del hombre había caído en su carne; el placer se había hecho literalmente Dios.

Tal era la idea pagana que condensaba enteramente en sí misma todo el paganismo. En vista de ello, el medio de reacción contra el

sensualismo pagano se hallaba indicado por el exceso mismo de sus aberraciones, y el remedio salía de lo más profundo de su mal. El paganismo hacía adorar el placer; el medio de reacción más eficaz era traer sus adoraciones al punto más opuesto á aquel en que él las había colocado; y para curarle no se necesitaba más que hacerle adorar el dolor...; hacer del dolor tan aborrecido y execrado, no una divinidad ficticia como todos los dioses que adoraba el mundo antiguo, sino una divinidad real como el Dios que iba á adorar el mundo nuevo. El pagano adoraba en sí y en derredor de sí hasta las más groseras emociones de su carne; él se prosternaba, no sólo apasionado, sino como adorador delante de una carne viva, movida, por el soplo de los placeres y extremecida por todos los deleites que se habían hecho santos y sagrados. ¿Qué remedio más eficaz podía hallar Dios para curarnos, sino haciendo adorar su propia carne, pero su carne herida de todos los golpes y penetrada de todos los aguijones del dolor, su carne

azotada, magullada, ensangrentada, y haciendo adorar con ella el sufrimiento que se había hecho adorable, el sufrimiento que se había hecho Dios?»

Pero la carne de Cristo es la carne de María. *Caro Christi, caro Mariæ*. En el purísimo seno de la Virgen Inmaculada, *Verbum caro factum est*; el Verbo se hizo carne..... Esta es la carne que hiere el dolor; y esta carne dolorida, cubierta de sangre en el Calvario, logra las adoraciones de la humanidad.

Y puesto que fué la mujer condenada de una manera especial al dolor en el Paraíso, María, inocente, expiará en el Gólgota el pecado de la mujer culpable. La que se sustrajo al dolor en el alumbramiento divino de Belén, [1] se someterá voluntariamente al dolor en el Calvario, para ser Madre de los hombres.

María, dice San Juan Damasceno, al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la Pasión

(1) Nota A.

de Jesucristo, experimenta los dolores que no sintió, que no pudo sentir al dar á luz al Hijo impecable. Pero esto no es bastante, prosigue San Bernardo, porque no sólo experimentó Ella en su parto misterioso del Calvario los dolores que debió sufrir en el de Belén, si hubiese dado á luz como las otras madres, sino el dolor de que entonces fué dispensada; lo sintió mil veces más fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvación. San Bernardino de Sena añade que la Virgen adquirió el título de Madre de los cristianos á costa de sus dolorosas angustias; porque María, al darnos á la luz, á la vida de la gracia, experimentó colectivamente unidos en un solo dolor y en su solo parto, todos los dolores, todas las angustias y los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres del mundo.»

De suerte, señores académicos, que el dolor del anatema fulminado contra Eva en el paraíso, se convierte, al sufrirlo María en el Calvario, en fuente de bendición para la humanidad, ya que

por este dolor nosotros hemos nacido á la vida de la gracia, somos hijos de María y hermanos de Jesucristo.

Por esto, el dolor no inspira al cristiano la desesperación horrible de los hijos del mundo. El dolor para ellos es una negación fatal. Para nosotros, el dolor es el timbre preclaro de nuestra nobleza, de nuestra filiación divina; es la librea real de los hijos de la cruz; es nuestra áncora salvadora en los procelosos mares de la vida [1].

(1) Consúltese aquí el sermón de las Siete Palabras, desde la página 220 á la 224 del tomo: «Sermones de Semana Santa» del mismo autor.

II

EL TRABAJO

A diferencia del dolor y la muerte, que vinieron á la tierra como consecuencias del pecado y como una maldición de Dios, el trabajo no es por su naturaleza, ni por su origen anatema divino.

Antes de la prevaricación, el hombre estaba obligado á *trabajar* y *guardar* el paraíso de sus delicias [1].

Cuando Dios sentó al hombre recién formado en el trono de la tierra, le dió el trabajo como cetro de su dominación y de su soberanía. *Crescite et multiplicamini et replete terram et subjicite*

(1) Posuit eum in Paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret eum. (Gen. II, 15.)